



Madrid COMICO

Director: SINESIO DELGADO

NUESTROS POETAS
CARLOS FERNÁNDEZ SHAW



Con inspiración valiente
reune en su poesia
los colores y el ambiente
de la hermosa Andalucía

SUMARIO

TATTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—Entre quiénes anda el juego..., por Eduardo Bustillo.—A una aficionada á la lotería, por José Jackson Veyan.—Palique, por Clavín.—En la calle, por Sinesio Delgado.—La fe de bautismo, por Calixto Navarro.—Los amigos del autor, por F. Serrano de la Pedrosa.—Una monedera falsa, por Enstaquio Cabezón.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Carlos Fernández Shaw.—Malas ideas.—En el portal, por Gilla.



¡Como se conoce que estamos en Cuareamal! Los viernes, sobre todo, no hay quien resista el olor del aceite frito que exhalan las cocinas de la vecindad.

Yo no sé qué comerán las de Mendrugón, inquilinas del cuarto segundo de mi casa, pero ello es que entre once y doce sube un vaho sospechoso que nos tiene preocupados á todos los vecinos.

—Esas del segundo deben de guisar con alguna cosa de la botica—dice la portera,—porque á la hora de comer huele toda la casa á unguento amarillo.

Ellas están flacas y ojerasas, y la mamá, con ser persona de muchas carnes, tiene todo el cutis lleno de surcos y piltrafillas, lo cual demuestra que la alimentación es insuficiente en aquella casa, y, aparte de esto, nótese en la mamá y en las niñas cierto regocijo interior cuando ven una fuente de cocido. Hace pocos días que las convidó á comer la señora del principal, para celebrar el restablecimiento de su esposo, que tenía una pierna seca y se le ha puesto blanda otra vez, y al verse las de Mendrugón en presencia de medio cabrito en salsa, comenzaron á saltar y á decir chistes, porque el entusiasmo se les había subido á la cabeza.

—¡Ay, qué cabrito tan simpático!—gritaba la de Mendrugón.—Me recuerda á mi difunto, que se moría por las carnes flojas.

El caso fué que las de Mendrugón pasaron un rato feliz y se pusieron de comida que daba gusto. Para pagar el obsequio recibido, una de las niñas recitó varias composiciones en verso, casi todas dedicadas á la pierna del anfitrión, pues la chica compone bastante bien. Aquella es una familia de artistas: la mayor escribe, la pequeña dibuja y la mamá canta, porque estuvo dos años viviendo encima de un baritono y se le pegó la afinación.

—Él vivía debajo—dice la señora,—y se pasaba la noche haciendo pitillos y cantando al propio tiempo; yo me asomaba á la ventana del patio para oírle mejor, envuelta en un gabán de mi esposo, y allí me sorprendía la aurora. ¡Qué voz la de aquel hombre!

—Mamá, canta *El suspiro del manchego*, que no lo conocerán estos señores—dijo una de las niñas.

Y la de Mendrugón se puso á cantar con voz de oveja afligida; pero había abusado de los alimentos y pronto se la vió palidecer y llevarse las manos al vientre, como si le picara.

—¿Qué es eso?—preguntó la señora de la casa.—¿Se siente usted mal?

La de Mendrugón no contestaba: lo que hacía era arañarse el vestido y poner en blanco los ojos. Sus hijas, llenas de terror, no sabían si desnudarla ó ponerla al sereno para que se ventilase.

—Todo esto es del corazón—dijo una de las hijas.

—Siempre que canta se pone así—añadió la otra,—porque se acuerda de papá.

—Para los enfermos del corazón no hay como una tacita de tabaco cocido—agregó el amo de la casa.

—He oído decir que es muy bueno taparles la cara con un sombrero hongo—dijo la esposa.

Pero ninguno tomaba medidas salvadoras, y la de Mendrugón seguía agitándose convulsivamente. De pronto se incorpo-

ró, y dirigiendo una mirada de inteligencia á la señora de la casa, echó á correr por el pasillo, como si la persiguiera el carbonero con la cuenta del mes.

Cuando regresó á la sala, su faz había adquirido la natural expresión, y en sus ojos brillaba la felicidad.

—¿De dónde vienes?—le dijo una de las niñas.

—No me lo preguntes—contestó la mamá, bajando los ojos pudorosamente.

En días de Cuaremas no se debe de comer cabrito.

Lo mejor es dedicarse al bacalao del más barato, como hacen las de Mendrugón y otras muchas personas de la clase de fieles, que cumplen con los preceptos eclesiásticos y les sale la alimentación por una friolera.

Hay platos especiales para estos días de meditación y penitencia. Las ricas lentejas en ensalada, el reputado potaje, la tan aplaudida sopa de ajo y otros.

Almuerza uno á las doce, dos ó tres cosas de éstas, y á las seis de la tarde anda todavía por ahí luchando con los recuerdos del aceite y diciendo á los amigos de confianza:

—¿Qué haría yo para borrar las huellas del almuerzo? Lo tengo de pie en el estómago.

—¿Qué has comido?

—Almejas, espinacas, cardillo, escabeche....

—¿Has tomado té?

—Sí, cuatro ó cinco tazas. Ya se me sale por las narices.

—Pues toma más. ¿Te gusta el papel secante?

—No lo he probado nunca.

—Es necesario que te comas un par de pliegos en calidad de empapantes.

La comida de vigilia suele ocasionar algunos disgustos, porque hay personas que después de comer pierden el color y no pueden parar en ningún sitio, lo cual produce sospechas y recomendaciones amargas.

—Manolito—dice una joven á su novio,—tú no eres el de siempre. Ayer estabas á mi lado con los ojos fijos en los míos y embriagán dote con el perfume de mi aliento, según me has dicho más de una vez. ¿Qué es esto, Manolo? ¿Por qué te levantas hoy tantas veces?

El joven no osa confesar que siente un gran desasosiego interior, hasta que al fin lo declara todo.

—Sí, vida mía. Tú debes saberlo—dice con agitación.—He comido lombarda y huevos duros y bacalao frito....

—¡Cielos! ¡Todo lo comprendo ahora!

Manolito tiene que retirarse á su casa sudando tinta de China, y al llegar al portal cae rendido y maltrecho sobre la familia de la portera, que se apresura á socorrerle. Esta nota con asombro que aquel joven tiene el vientre duro.

—¿Qué trae usted aquí?—pregunta sorprendida.

Manolito no responde y echa á correr calle arriba, lanzando quejidos que se pierden en la oscuridad de la noche.

Llega á su domicilio, atropella á la criada que sale á abrirle, y corre veloz á encerrarse en sitio seguro....

Para que vean ustedes que el cabrito y la comida de vigilia suelen producir al fin y al cabo los mismos efectos.

De lo que hay que huir es del abuso.

LUIS TABOADA.

¿ENTRE QUIÉNES ANDA EL JUEGO?...

PARODIA

Don Lucas Cerril del Toro,

cuyo apellido pecuario

lleva, más que por su casa,

por sus puntas de morraja;

es un señor cejijunto,

barbiernguda y narizgacho,

y cortísimo de pieruas

y larguísimas de brazos.

Los pies de porrajuanetes,

de hombre velludo las manos,

corvas las uñas, de puercos,

pues llevan luto en el gancho.

Calvo un poco, bizco un poco,

dos pocos larguajetado,

tres pocos tontivestido

y cuarenta muchos ganso.

Si sale por esas calles

presume del Toro tanto,

que anda, como aquel que embiste,

arrancándose de largo.

Si acaso canta una copia,

mueve su voz tal escándalo,

que le escuchan en Apolo

y le silba todo el barrio.

Tiene escritas dos zarzuelas,

guardadas como oro en paño,

por sí, con ganas de bromas,

se las pide un empresario.

Pero, ya que es mal poeta,

cantante de tres al cuarto,

insufrible entre los hombres

y á las damas antipático;

tiene no más una gracia,

y por ella no llegamos

á perdonar tantas sobras

y faltas á ese ganápairo:

que es en el dar tan estrecho,

aunque en el tomar tan ancho,

que á escote á comer convidada

y aún pone tasa en los platos.

Estas, lector, son sus partes,

contadas de cuatro en cuatro,

éste su elogio más digno

y éste su propio retrato.

Tratarle no será cuerdo,

aplaudírle no es de cautos,

obsequiarle fuera un vicio,

comer con él, un mal paso.

Eres discreto, lo veo,
tienes buen gusto y lo aplaudo,
buen oído, que no es poco,
buena nariz, que ya es algo.

Y así, como tal te porta
si el *Nicho* te busca el trapo,
y antes que aguantar á Toro
deja que te parta un rayo.

EDUARDO BUSTILLO.

Á UNA AFICIONADA Á LA LOTERÍA

Arruinando á su marido,
muchos duros ha perdido.
¡Para mí, señora mía,
creo que la lotería
es un juego prohibido!
Esa afición la rebaja.
Es un juego de baraja
que trajo á España el infierno,
es el que *talla* el Gobierno
con muchísima ventaja.

Deje usted sus aficiones
y atienda mis reflexiones.
Todo el que juega hace el *primo*.
¡La lotería es un timo,
no timo sin perdigones!

Piense usted, como hice yo,
cien números. ¡Los pensó!
Pues mude usted ahora la vista,
¿y á que no encuentra en la lista
ni un solo premio? ¡A que no?

El que á ese vicio se entrega,
como jugador se ciega
y en vano la suerte invoca,
¡La lotería le toca
á todo aquel que no juega!

¡Ay de la que nace hermosa
y, siendo tan buena esposa,
de ese vicio no se escapa!
Usted es joven y guapa!
¡puede jugar á otra cosa!

Ese juego es un derroche,
y ya estoy harto de coche.
Déjese usted de camamas.
Ya ve usted, yo, por la noche,
suelo jugar á las damas.

Yo con mi esposa querida
tengo siempre mi partida.
Batimos los dos el cobre,
y eso que dice la pobre
que *le hace reina* en seguida.

Si ocasión se le presenta,
con su marido disfrute
diversión menos violenta.
Juegue usted con él *al tute*
y acídese *las cutreñas*.

Censuro la lotería
sin deber, amiga mía,
por hacerle ese favor.
Yo he jugado el otro día
y saqué un premio mayor.

Jugué con la Salvadora,
una hembra que da la hora.
Jugando solo, hago el bolo.
En cuanto que juego solo
no saco nada, señora.

Jugando así en compañía
disculpo la lotería.
Si se decide á jugar,
me debe usted acompañar,
y tendrá la suerte mía.

Si esa sociedad formamos,
á ser millonarios vamos.
Caso de que le convenga,
á la primera que venga
de tres pesetas, jugamos.

Me hice con otras el sordo,
pero con usted abordo
la sociedad que le digo.
¡Hasta que juegue conmigo
no le toca á usted el gordol!

JOSÉ JACKSON VEYAN.

PALIQUE

El Sr. Calvo y Muñoz, digno diputado á Cortes, se propone conseguir, que á las Islas Filipinas se les conceda el derecho de elegir tres diputados. Nada más puesto en razón.

Puesto que ya hay cigarrillos y puntos filipinos, también debe haber diputados.

Pero, ya que está en vena de reformas y mejoras y reconocimiento de derechos el Sr. Calvo y Muñoz, ¿no podría, en otro ratito de inspiración, hacer los imposibles para que á mí me paguen los quince duros que se me deben por un artículo que él, el Sr. Calvo y Muñoz, me pidió para la difunta *Revista de España*?

No sé quién me debe esos apreciables 300 reales; pero el Sr. Calvo sí debe de saberlo, y Dios sabe bien que si Filipinas tiene derecho á esos tres diputados, yo tengo derecho á tres billetes de cinco duros como tres soles. ¡Cree el Sr. Calvo y Muñoz que yo, simple gacetillero, soy tan despreciable que no merezco ni que se me pague!

Que el Sr. Calvo no haya contestado siquiera á las cartas en que yo le pedía mi dinero, no tiene nada de particular. ¡Tendrá tanto que reformar el Sr. Calvo!—Pero yo podría pasar, en último apuro, sin carta de ese digno diputado: lo que me llega al alma es el desdén de mi deudor, que ni siquiera sé quién es. El Sr. Calvo de fijo le conoce; pregúntele si no me paga por aquello que decía un amigo mío á la patrona, «porque no quiere servir de escabel á nadie,» ó si es que «no está mi deuda, es decir, la suya, mi crédito, á la altura de su desprecio,» ó si apela á lo de «no injuria (ó cobra) quien quiere, sino quien puede.»

Si los quince duros fueran quince injurias yo les perdonaría. Pero Dios no manda perdonar los artículos. Téngame presente el Sr. Calvo y Muñoz. Y en cuanto á los diputados del Archipiélago.... por mí que entren. Y que hablen en tagalo. Siempre hablarán mejor que el Marqués de Pidal.

* *

¡Qué diría el general Cassola si leyera lo que va por delante!

«Qué prociadad!—exclamaría volviéndose al Sr. Romero Robledo.— ¡Hablar de una deuda de quince duros, y sin conocer al deudor, en un periódico literario! Sí, señores; el general Cassola, que estaba reformando el ejército, ahora ha cogido y va á reformar todo lo demás, y con todo lo demás la literatura, que según él está hecha una lástima entre nosotros. Para ponerlo todo como nuevo cuenta con Romero Robledo y con un periódico que se titula *La Reforma*, cuyo número-prospecto tengo á la vista.

La Reforma es, según malas lenguas que no suelen mentir, de Cassola y Romero. Estos señores, en el número-prospecto de su periódico ya dejan el mundo arreglado, á lo menos cortado para arreglarlo, y ahora ya todo va á ser coser y cantar.

Dejo yo á un lado la manera que tiene Cassola de componer la política

mediante la Cámara única y varios surriajanos á los hombres más eminentes de la política española, y paso á su programa de reformas literarias.

Ante todo diré (no, antes voy á decir otra cosa, que el número-prospecto de *La Reforma* es muy cursi y está muy mal escrito, como, v. gr., cuando llama á Salmerón *aspiración*), diré que estaba haciendo mucha falta que el general Cassola, acompañado de Romerito, metiera mano en esto de las letras. Háganos escala cerrada y única y que cada uno ascienda cuando le toque, y sonsoniche. Nada de cuerpos privilegiados: ¡abajo los ingenios por lo que puedan parecerse á los ingenieros, fuera los artistas por lo que tienen de *artífileros*! ¡Viva la literatura de cuchara y venga de allí!

En fin, dejémosle hablar á él (ó á su secretario, si es que le escribe las cosas un secretario, como el Sr. D'Ayot, que está, á su vez, reformando el teatro).

«Verdad axiomática es ya (Cassola, ó su secretario, cree por lo visto que los axiomas se hacen; ese ya lo indica. Tal vez crea que axiomático es sinónimo de gastado, vulgar, etc.) la de que la prensa, entre los puntos de su importantísima misión, tiene el de ser órgano de cultura general; siendo por lo tanto uno de sus elementales deberes el poner á *todos sus lectores, incluso los de las clases más humildes*, al corriente del movimiento científico, artístico y literario de la época.» Por lo menos, así, mediante los periódicos, se pone al corriente de la ciencia y del arte el Sr. Romero, que en cuanto lector es de los más *incultos* en eso de la humildad de clase. «Todo ello, sin dogmatismos *pedantes* (eso, eso, y sin gramática) y sacando las ciencias, las artes y la literatura (de los cuarteles) de la cátedra y de los museos, para llevarlos en forma amena y *fácil* á los hogares todos, educando así el gusto de la generación contemporánea.»

¡Pues miren ustedes que no será poca fortuna si, además de echarle la zancadilla á Sagasta y cortarle la carrera á Castelar, que es lo que se propone, consigue *La Reforma*, de soslayo (que es como mira Cassola, después de calarse el chapeo) educarnos el gusto y poner al último albañil y al último reformista al corriente de toda la ciencia y de todo el arte, sin dogmatismos *pedantes*!

Después dicen Romero y el general que la prensa española *no practica esto*, sino que se consagra á ensalzar á las nulidades «y á dar carta de naturaleza como *aforismos* ó *pensamientos*» (¡Divino! ¡divino! ¡Da quién será esto, de Romero, de Cassola ó del secretario!) á todos los lugares comunes que forjan la medianía adocenada y la prociadad extravagante, bajo las *respectivas máscaras* del saber y del ingenio.»

Toda esa palredumbre, esos *aforismos* ó *pensamientos*, esa prociadad, va á corregirlos, pero con hechos, no con palabras, *La Reforma*, en la sección correspondiente; y allí se verá adónde llegan Cassola y Romero en eso de consagrarse á la literatura, á las ciencias y á las artes, tanto españolas como de *todo el universo*! ¡Rediós!

¡Por lo visto, Cassola tiene corresponsales en el planeta Marte y en la constelación Hércules!

¡Todo el universo! ¡Tendrá que leer la *última hora* del *Correo de la vía láctea*!

¡Y pensar que si hubiera previa censura gramatical no se publicaría ni el primer número de *La Reforma*!

¡Cuánto más vale que no la haya, para que podamos enterarnos de cómo son los rípios en Siria, y de qué se entienda en Aldeborán por *aforismos* ó *pensamientos*!

Por último:

¿Quién es Romero Robledo?

¿Quién es el señor Cassola?

¿Por qué no les muerde el dedo la infantería española?

CLARIN.

EN LA CALLE (1)

—Aspérame, mujer.

—Aquí me aspero;

¿qué quiere usted?

—Ya sabes lo que quiero.

—Pues Dios la ampare á usted, señá Narcisca, que llevo mucha prisa pa meterme en cuestiones de dinero.

—Lo de que Dios me ampare será guasa, porque hay muchas señoras principales que vienen á mi casa á pedir de rodillas veinte reales.

—Si yo la pedí el duro pa un apuro,

¿no la he pagao el duro

la semana pasada?

—Pero me lo has pagao á los diez meses.

—Y eso ¿qué tío que ver?

—Pues casi nada...

¡Que me debes dos duros de intereses!

—¡Dos duros nada más! Yo no me emprigo en esa pequeñez.

—Pues no te emprigues

y paga.

—Buena; pagaré el domingo,

y usted lo gasta el lunes en potingues

pa curarse la sarna.

—¡Adiós graciosa!

Pues te advierto una cosa.

—Á ver, ¿qué cosa!

—Que por el moño ó por los cuartos vengo.

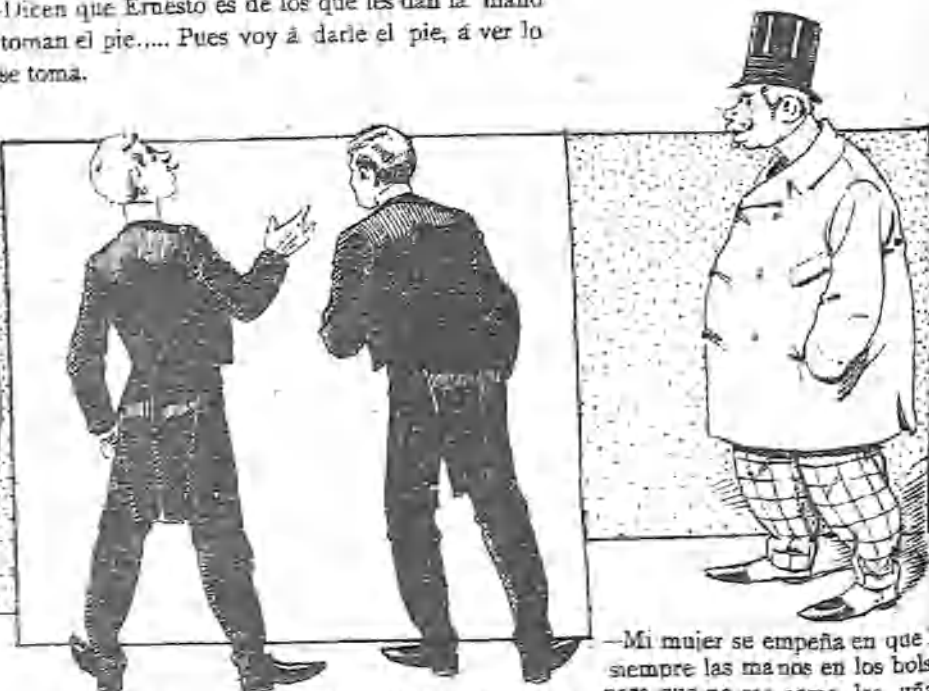
—¿Usted arrancarme el moño? ¡Que si quieres!

(1) Escena de *Los cuartos de un cuenco*, que actualmente se representa en el Teatro de Agui.

MALAS IDEAS



—Dices que Ernesto es de los que les dan la mano y se toman el pie.... Pues voy a darle el pie, a ver lo que se toma.

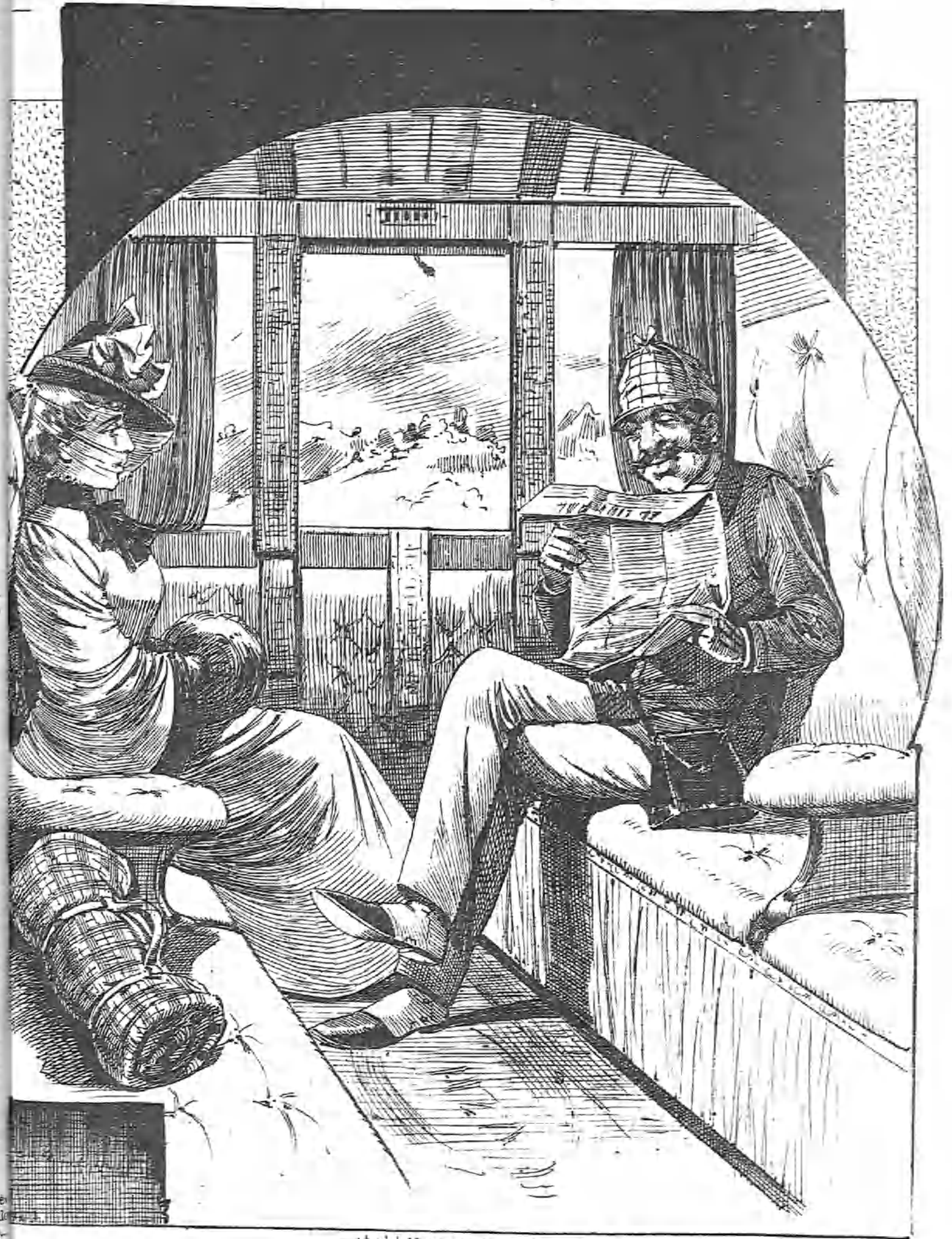


—Pues, señor, en vista de que no se casa nadie, habrá que ir pensando en otra cosa....

—Ahora, en cuanto entremos, verás tú que modo de poner varas.

—Bien, pero no se las pongas al amo de la casa, porque es capaz de echarte al tendido.

—Mi mujer se empeña en que lleve siempre las manos en los bolsillos para que no me coma las uñas, pero el caso es que luego me arde al meterme los dedos en las narices.



—¡Anda! Ahora que nos quedamos solos se pone a leer el artículo de fondo.... ¿Cuáles creará este hombre que son las ocasiones de atreverse a algo?

¡Pued que usted se figure que lo tengo prendido con puntitas de alfileres!
 —¿Lo quieres ver ahora, criaturas?
 —¿A que la salto á mí la dentadura?

 —No me quiero manchar, porque distingo.
 ¡El domingo verás!

—¡Hasta el domingo!
 SINESIO DELGADO.

LA FE DE BAPTISMO

Por más que frente al espejo me llamen viejo las canas y por más que nunca olvida que nací en tiempo de Wamba, existe un no sé qué interno, sobre todo viendo faldas, que á mis veinticuatro años por instinto me trasplanta. «Yo soy un muchacho,» á veces suele decirme en voz baja; y llamo chico á Gonzalvo y á Pina y á otros *esvachas* contemporáneos de Riego ó lo más de Mendizábal, y, es claro, siendo ellos *chicos*, yo me resulto en la infancia. Pero ¡oh dolor! se me ocurre ir de visita á una casa, y al preguntar la familia ¡quién ha llamado, Fulana? —Un señor de edad, responde brutalmente la criada, echando así de repente por tierra mis esperanzas.

Voy á cobrar una cuenta á un deador que se *vacata* y vive en piso tercero con *estovados*, á la usanza, y á la portera encomiéndole recoger mi demanda.
 —Ya le di ayer el recado, y cuando entró esta mañana le dije: «El señor de edad ha estado otra vez.» ¡Caramba! ¡Cuidado con las porteras! ¡Son lo más mal educada!... ¡Me tiño el pelo?... ¡Es tan sucio! ¡Me estoy sin salir de casa! Dirán que por los achaques.... que el reumatismo y el asma.... ¡Diosmío! ¡Si yo soy ¡ven! ¡Si el corazón echa llamas, y me gustan las mujeres como á los peces el agua! ¡Por qué hay soeces porteras? ¡Por qué hay cruces criadas? Y sobre todo, ¡canario! ¡por qué me han salido canas!....

CALIXTO NAVARRO.

LOS AMIGOS DEL AUTOR

Cada autor pasa el día del estreno de su obra según el temperamento que Dios le ha dado.

Los hay que se llenan de esperanza y creen que todo el público reírán y aplaudirá con entusiasmo, que todos los artistas están satisfechos de sus papeles, que todos los periodistas publicarán al día siguiente mil elogios de la obra y que el teatro albergará aquella noche á todas las personas bondadosas y decentes de la Corie.

Estos autores, cuando vuelven á media tarde del ensayo de la víspera, van por la calle sonriendo, llevando todavía en la mano el paquetito de billetes regalo de la empresa, viendo en cada transeunte un espectador dotado de esa risa franca y sonora que hace reír á los demás espectadores.

Si una señora se queda mirando al autor optimista, á éste se le figura al punto que aquella señora se lo ha conocido en la cara, y compone su rostro con cierta modestia, como si quisiera decirle: «Sí, señora; yo soy el mismísimo Rodríguez del Valle, el autor de la comedia *El beldaque*, que se estrena mañana. ¡Va verá usted, va verá usted!»

Y sigue su camino sonriendo hasta llegar á su casa.

Otros no son tan bonachones.

Tienen más desarrollado el hígado, ó le han visto las nrejas al lobo y saben cómo las gata el público. (De becerro fuerte.)

Este autor lleva el paquete de localidades (?) en el bolsillo y la desconfianza pintada en el semblante; la boca apretada, la mirada bosca y el estrecho fruncido. Sube el embozo de la capa, guarda rigurosamente el incógnito y llega á su casa con un humor endiablado, renegando del mal tiempo, de la falta de memoria y de entendimiento de los artistas y de un pobre perro que se ha dejado pisar una pata y ha escandalizado en seguida la calle con las más agudas voces del *requinto*.

Y hay también autores (¡oh! lo diré sin dar detalles) que no pueden ellos remediarlo, que les produce siempre ese efecto, que desde la víspera del estreno comienzan á sentirlo y que van por la calle corre que te corre.

También llevan los billetes, pero no saben si llegarán con ellos á casa. En fin, cualquiera que sea el temperamento del autor, llega á su casa con los billetes y se dispone á repartirlos entre sus amigos.

¡Caramba! ¡Qué generoso ha sido el empresario! ¡Dos palcos y catorce butacas!

Hay para veinticuatro personas, que son cuarenta y ocho manos y veinticuatro voces; la mar de ruido.

Lástima que los amigos sean tan dignos y decorosos que, por disimular que van de gorra, no quieren aplaudir.

El autor haría mal si se enfadara por esto, porque el decoro y la decencia no estorban en ninguna parte.

Lo que el autor debe hacer es invitar de entre sus amigos á los más sinvergüenzas, porque de ellos puede esperar algo.

Pero ¡ya se ve! hay compromisos ineludibles.

¡Quién no manda un palco á don Tal!

Pues don Cual no merece menos.

Y la familia del autor quiere un palco, y este palco representa una economía, porque se meterán en él treinta y cinco personas más á menos co-

laterales del autor, y que se colocarán como los barquillos, lo cual, entre paréntesis, no puede chocar á nadie.

Y las de Jaramago quieren otro palco, porque la niña mayor tiene ahora un novio precioso, y no es cosa de llevarle á las butacas y que le pisoteen.

¡Canastos! Ya se olvidaba de la familia de Amadís.

¡Ah! es nada! Amadís de Jaula, tan artista como aristócrata, y tan buen católico como teniente alcalde. Otro palco para Amadís.

En este momento nuestro hombre ve con los ojos de la imaginación tres figuras que le tienden una mano suplicante. Son el comadrón, que además es amigo; el casero, que también es amigo, y el amigo á secas; ese amigo que tenemos todos, el más íntimo, el que nos aconsejó que no viniéramos á Madrid, que no nos casáramos, que no escribiéramos; ese sabio que aconseja siempre *que no*, para tener razón si van mal dadas.

El autor, angustiado, cierra y aprieta los párpados de la imaginación.

—¡A contar!—dice.—Don Tal, don Cual, mi familia, la de Jaramago y la de Amadís; total cinco familias, y la empresa me ha dado dos palcos. Dos entre cinco, *no les cabe*.

Pausa, durante la cual la cabeza del autor se estira, se encoge, se convierte en concurocho, se aplasta y se pone al rojo cereza.

—Lo que no les cabe en la cabeza—dice al fin—es que ni ellos son amigos, ni Cristo que lo fundó; que la única manera de probarme que lo son es comprar la localidad para mi estreno. No comprenden que todo se reduce á que las compre yo, ya que ellos no las compran. Por el contrario, cada uno de ellos diría en este momento que siendo él uno y teniendo yo diez y seis localidades, no debo darle motivo para que se resienta y para que se acabe la amistad si á mano viene.... Que antes vendrá esto á la mano que los billetes.

Y el autor no se hace ilusiones respecto de la importancia que sus amigos dan á este *labazo*.

Hay hombre á quien usted rehusa dar dinero y no se ofende, le niega usted el voto para concejal (que es su porvenir) y no se ofende, le dice usted que hace malos versos y no se ofende, corteja usted á su mujer y no se ofende (siendo con buen fin....); pero se olvida usted de mandarle dos butacas para el estreno, y se acabó la amistad.

El avisador del teatro viene á cortar estas cavilaciones.

—Dice que la primera actriz tiene una cadera dislocada, á consecuencia de haberse caído en su casa desde el sofá al suelo y....

El autor sale disparado y á poco más atropella á su esposa, que venía á enseñarle una capota *casera* que estrenará en el estreno.

—¿Adónde vas?

—A comprar una cadera para la primera dama.

Y dando un portazo tremendo, salta sobre el avisador, le corre las espuelas y parten como un rayo.

La esposa deja la comenzada capota sobre una silla y cuenta con avidez y alegría los billetes. En seguida llama á Pepito, un sobrino que hace los recados.... Pero guardemos esto para final de la historia.

O acabemos la historia para conciliar opiniones.

El autor vuelve y escucha de labios de su esposa lo siguiente:

—No me agradecerás el trabajo que me he tomado.

—Ya te lo estoy agradeciendo, monísima. ¡Qué has hecho!

—Mira, como yo te conozco y sé que hubieras llenado el teatro de amigos tuyos, que son todos unos cursis, he repartido las localidades entre la reunión de los de Cutis-Wamba y la tertulia de casa de Pitimiñá. Verás cuánta gente de frac.

El autor se pone muy pálido, muy pálido, y se desploma sobre la silla en que está la capota.

La esposa lanza un grito y el esposo lanza una letanía entera de pesetas y denegros.

Se ha clavado todos los alfileres.

F. SERRANO DE LA PEDROSA.

UNA MONEDERA FALSA

(HISTÓRICO)

—Felices.
 —May buenos días, el surtido que tenemos.
 —A ver, desee, señorita. —¿No se moleste usted tanto, por Dios!
 para arreglar un vestido —Si no me molesto, adornos de terciopelo. al contrario.
 —¿Los quiere usted en colores? —Vamos, éste.
 —No, en negro. Ahora dígame usted el precio más barato.
 —Bien, pues en negro. —Seis pesetas.
 hay ahora precisamente un surtido muy completo. —¿Pero lo menos?
 ¿Y qué número de varas necesita usted? —Lo menos.
 —Yo creo —Ya me bajará usted el pico!... que con muy poquita cosa tendré bastante. —Señorita, no podemos, pero en fin, teniendo en cuenta que se trata de un arreglo....
 —¿Qué arreglo es? —Pues bien, corte usted tres varas sin lastimarse los dedos....
 —El de una falda usada, en la que por tal concepto.... —¿Qué otros artículos tienen ahora?
 —Quiere usted gastar poquito.... —Té.
 —Figúrese usted, lo menos posible. —¿Verde?
 —Perfectamente. —No, negro.
 señorita. —¿Conque en negro? —Si viera usted qué difícil soy para el té....
 —Sí. —Lo comprendo; estará usted acostumbrada.
 —Pues va usted á ver todo

¿A un té exquisito....
 —¡Ay, selección!
 Como que me lo ramiten
 de Inglaterra nada menos.
 —Pues el de casa, ¡oh! el de casa....
 —¿Es bueno, eh?
 —Pero muy bueno!
 —Bien, pues deme usted un paquete,
 lo probaré, y ya veremos,
 porque soy difícilísima,
 como he dicho á usted.
 —¿Cuánto es todo?
 —Diez y siete
 pesetas.
 —¡Ah! tiene ciento.
 —Dispense usted, señorita....
 Siento decirselo, pero....
 este billete....
 —¿Qué tiene?
 —Me parece que no es bueno.
 Lo confrontaré con otro,
 y así nos convenceremos.

Pues nada, no admite duda,
 devuélvalo usted al momento
 á quien se lo haya á usted dado,
 porque es falso.
 —(Pero es cierto?)...
 —Sí, señora.
 —¿Qué incidental?...
 En fin, mande usted el género....
 —Llévelo usted si le apremia.
 —Corriente, pues me lo llevo.
 Puede pasar cuando guste
 á cobrar, y le agradezco
 la atención. «Serrano, doce,
 señora de Arroyo.»
 —Bueno.

Conque se manda el paquete
 y viene el chico diciendo:
 ¡que no vive tal señora
 allí, ni hay tales carneros!...
 Con parroquianas como ésta
 vamos á echar el gran pelo.

EUSTAQÜIO CARRIÓN.



Cumpliendo lo ofrecido, con puntualidad admirable, se reunieron en casa del Sr. Estremera, el día 1.º de Marzo, á las nueve de la noche, los autores comprometidos en la apuesta del Círculo Artístico Literario.

El dueño de la casa, relevado del compromiso por una desgracia de familia, actuó como secretario, y en sus manos fueron depositados los pliegos, que contenían las obras siguientes:

- 1.—*El chaleco blanco*, zarzuela en dos cuadros y un intermedio, en prosa, de D. Miguel Ramos Carrión.
- 2.—*¡Bonitas están las leyes! ó la muda del interfecto*, sainete en dos cuadros, en prosa, de D. Ricardo de la Vega.
- 3.—*¡Amén!*, sainete en un acto y en prosa, de D. Tomás Luceño.
- 4.—*Su Excelencia*, juguete cómico en un acto y en prosa, de D. Vital Aza.
- 5.—*La baraja francesa*, sainete lírico en un acto y en verso, de D. Sinesio Delgado.
- 6.—*La pelota en el tejado*, juguete cómico en un acto y en prosa, de don Francisco Serrano de la Pedrosa.
- 7.—*Los doce y media y sereno*, zarzuela de costumbres lugareñas en un acto y en prosa, de D. Fernando Manzano.
- 8.—*Mangas y capirotes*, juguete cómico-lírico en un acto y en prosa, de D. Emilio Sánchez Pastor.

Se acordó en seguida verificar un sorteo para fijar el orden de lectura, y hecha la extracción de las correspondientes papeletas por el precioso niño Antonito Estremera, la suerte marcó el orden siguiente: Manzano, Sánchez Pastor, Vega, Delgado, Serrano, Aza, Luceño y Ramos.

En aquella noche y las dos sucesivas se leyeron todas las obras. Ahora pasa la causa á más señores, y el respetable público se encargará de dictar sentencia.

Punto y aparte.

Como, según el contrato, ninguno de los autores citados estaba obligado á pagar la comida, el simpático y popular empresario de teatros y diputado á Cortes D. Felipe Ducazal se brindó á hacerlo, y, efectivamente, el jueves les obsequió con un banquete espléndido en el restaurant Lhardy, banquete á que asistieron también el eminente autor dramático D. José Echegaray y los maestros compositores Sres. Chapí y Chueca, que se han encargado de poner en *solfá* las zarzuelas que han resultado del certamen.

Un revistero de teatros, que da cada palo que enciende, dice lo que á continuación se expresa:

«Según los periódicos que se tachan de bien informados....»

¡Hombre! De estar bien informado no se puede tachar á nadie.

De lo que se le puede tachar á cualquiera es de no conocer el idioma.

Según parece, el arreglo de la comedia *La prensa del lugar*, rechazado estrechamente en el Teatro de la Comedia, era cosa de D. Manuel Cañete, de la Real Academia Española.

Lamento de veras el percance, pero eso prueba que puede uno pasarse la vida llamando autores hueros y ebemos á los que no dan en el clavo, y luego resultar el propio cosechero tan huero y ebemo como el que más.

¡Y en un arreglo del francés, que es el colmo!

Libros:

Mitología popular, compendio escrito por D. Manuel Rodríguez-Navas, un folleto que forma parte de la reputada *Biblioteca del*. Precio: 25 céntimos.

Más allá de lo digno, drama en tres actos de D. S. Gomila, estrenado en el Teatro de Novedades de Barcelona.

Nana, novela de Héctor Malot, traducida por Olegario Slipembak, y publicada por *La España Editorial*. Precio: 2 pesetas.

Granada y Sevilla, preciosa obra de D. Salvador Rueda, ilustrada con dibujos de García Ramos, Ruiz Guerrero, Mattoni, Blanco Coris y Clemente. Precio: una peseta.

Memoria leída en la junta general de accionistas del Banco de España el día 4 del corriente.

Celos que matan, comedia en dos actos y en prosa, original de nuestro querido amigo D. Miguel Casañ, estrenada con gran éxito en el Teatro Ruzafa, de Valencia.

Retazos médicos, colección de apuntes é instrucciones populares fisiológico-higiénicas, por D. Manuel Corral y Mairá. Un folleto. Librería de Fe. Precio, 1 peseta.

Romancero del ingeniero Abdalá Don Quijote de la Mancha, por D. Maximino Carrillo de Albornoz. Dos voluminosos tomos. Precio, 6 pesetas.

El monte bajo, *Un golpe de gracia*, *Montar á la inglesa*, *Aproximaciones*, *Un harem improvisado*, *Treos salientes* y *De capricho* se titulan los siete primeros tomos de la *Biblioteca inocente*, que se publica con gran aceptación.

Precio de cada tomo, 50 céntimos.

Figaro, pasillo cómico-lírico en un acto y en prosa, letra de Limendoux y Sáenz-Hermua, música de Marqués, estrenado con éxito en el Teatro Eslava.

El pan nuestro, lindísima novela de D. V. Lastra y Jado. Precio, 3 pesetas.

Miel de la Alcarria, por D. J. Navarro Reza, se titula el nuevo tomo de la colección contemporánea de novelas cortas que publica con gran aceptación la casa editorial de Gutiérrez y Compañía. Precio, una peseta.

Cleopatra, novela de Enrique Greville, traducida al castellano por don José de Siles y publicada por *La España Editorial*. Precio, 2 pesetas.

Caligrafía correcta, libro utilísimo declarado oficialmente de texto en las escuelas. Su autor, D. Filomeno Haro, ha prestado un gran servicio á la instrucción pública.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Sr. D. G. A.—Logroño.—Hombre, no son tan malos como le han dicho á usted, pero medianos sí son. No puede negarse.

Mammyler.—Aparte de que ese género no *encaja* aquí, ¡no le parece á usted que repetir en ocho versos la palabra *azul* como asonante, fastidia un poco al oído!

Toni.—Pues.... me parece que no es epigrama.

Paciente.—En cambio, eso es un epigrama excesivamente diluido.

Don Nadie.—Ora la vecina que toca el piano, ora la que canta, ora la que baila.... Comprendo que molestan mucho; pero ¿se les ha faltado al respeto, tantas veces!

Un cajón de pasas.—El segundo es viejo y los otros dos no tienen gracia.

¡Pum!—Han caído en desuso las composiciones disparatadas. Y ¡ojó con las asonancias intempestivas!

A. B. Lino.—Tampoco es publicable. Llegó la segunda.

Yo mismo.—Huya usted de las imitaciones. El epíteto es un latigazo personal que, *ainda mais*, no tiene gracia.

Sr. D. E. G.—Valencia.—Tienen un defecto capital todos los epigramas. Que no hay en ellos intención ni chispa.

Sr. D. P. A. A.—Muy bonito.... para la pared de un cuarto oscuro cualquiera.

Ralp.—Sí, quéjese usted de que no haya más que ochenta y dos plazas; pero quéjese usted á solas y sin endecasílabos.

Sr. D. R. M. G.—Bilbao.—Se hizo la renovación.

X. X.—Procure usted no caer en la filosofía cursi, que es el colmo de la vulgaridad. Lo de la paciencia es más fuerte de lo que parece.

Can-Chale.—¡Valiente embrollo ha armado usted ahí, compañero!

Curra.—Estoy por contestarle á usted con una aleluya. Aunque no sea más que por aprovechar el consonante, que viene como anillo al dedo.

MIGAJAS

COLECCION DE COMPOSICIONES ORIGINALES

DE

D. JOSÉ LÓPEZ SILVA

CON UN PRÓLOGO DE

D. SINESIO DELGADO

Precio, DOS pesetas.

Pueden hacerse los pedidos á la Administración del *Madrin Cómic*, acompañando su importe en libranza ó sellos.

Los libreros, corresponsales y suscritores del periódico obtendrán el descuento del 25 por 100.

De doce ejemplares en adelante se abona el 35 por 100.

Se servirán á vuelta de correo.

EN EL PORTAL



-Mire usted, D. Facundo, ya me va usted cargando.
 -¿Por qué?
 -Porque me llena usted de colillas el descansillo.
 -Yo no; es mi señora.

Lit. Madrid Cómico, Jesús del Valle, 36.

ANUNCIOS

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, LITERARIO, FESTIVO, ILUSTRADO

Se publica los domingos y contiene

ARTÍCULOS Y POESÍAS DE NUESTROS PRINCIPALES LITERATOS
 Y VIÑETAS Y CARICATURAS DE LOS MEJORES DIBUJANTES

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 16 pesetas.

PRECIOS DE VENTA

Un número, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

Las suscripciones empiezan en 1.º de cada mes, y no se sirven si al pedido no se acompaña su importe.

En provincias no se admiten por menos de seis meses.

Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro Mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Peninsular, 4, primero izquierda.

Teléfono núm. 2.160.

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS, DE DIEZ Á CUATRO

CHOCOLATES Y CAFÉS

DE LA

COMPAÑÍA COLONIAL

TAPIOCA-TES

37 RECOMPENSAS INDUSTRIALES

DEPÓSITO GENERAL

CALLE MAYOR, 18 Y 20
 MADRID

Biblioteca del MADRID CÓMICO

PÓLVORA SOLA

COLECCIÓN DE COMPOSICIONES ORIGINALES DE SIBESIO DELBADO

DIBUJOS DE CILLA

FOTOGRAFADOS DE THOMAS, LAPORTA Y VALDÉS

Un elegante tomo de 200 páginas.

PRECIO: TRES PESETAS.—A los libreros y corresponsales, DOS.

COLECCIONES

Cada año, á contar desde 1883, se forma un magnífico tomo, que se vende á los precios siguientes:

Sin encuadernar.—A los suscriptores, 8 pesetas.—A los no suscriptores, 10 pesetas.—*Encuadernado en tela.*—A los suscriptores, 10 pesetas.—A los no suscriptores, 12,50.

ESPAÑA CÓMICA

ÁLBUM DE 50 CARTULINAS que contienen las crónicas ilustradas de todas las provincias de España. Edición de lujo, elegantemente encuadernada.

Precio: 25 PESETAS

Los pedidos se sirven, bajo certificado, á vuelta de correo.